



**EL GRITO DE INDEPENDENCIA O
LA CONCRESIÓN DEL SUEÑO DEL
LIBERTADOR.**

**Abril 29 de 2010, año bicentenario del grito de
independencia.**

**Año décimo de la fundación del Movimiento
Bolivariano por la Nueva Colombia.**

Jesús Santrich

integrante del EMC de las FARC-EP.

“De cuantas épocas señala la historia de las naciones americanas, ninguna es tan gloriosa como la presente, en que desprendidos los imperios del Nuevo Mundo de las cadenas que desde el otro hemisferio les había echado la cruel España, han recobrado su libertad dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: más todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de éste mundo una nación de repúblicas... ¿Quién resistiría a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?... Dígnese acoger esta misión con toda su bondad. Ella es la expresión del interés de la América. Ella debe ser la salvación del mundo entero”

SIMÓN BOLÍVAR

*(En carta dirigida al general O'Higgins,
desde Cali, el 8 de enero de 1822)*



1. REFLEXIONES SOBRE LA INVASIÓN.

“Son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen que no lo creería sino el que lo viera” Cristóbal Colón en su Carta a los Reyes Católicos. Tomado del Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela, Caracas, 1948).

“Porque no en vano, sino con mucha causa y razón, este de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es de gentes y cuasi en todo, como lo fue aquel de la edad primera y de oro.” (En carta del Obispo Vasco de Quiroga a Carlos V. Citado por LÓPEZ, Casto Fulgencio. La Guaira: causa y matriz de la independencia hispanoamericana. Edición de la oficina técnica del Ministerio de la Defensa, Caracas 1967. Pág. 50)

Al llegar los invasores europeos a Nuestra América comenzó la negación y el aniquilamiento de los pueblos y culturas raizales aplicando los peores inhumanos métodos de opresión, expolio y muerte. Con Cristóbal Colón y sus primeras huestes de soldados, curas y ladrones de toda laya inició el arribo criminal de los conquistadores, “célebres” todos por su iniquidad infinita a una tierra no escriturada a la ambición egoísta de un dueño, donde como el viento y las flores los seres humanos nacían libres y en armonía con su entorno.

Aún dentro del aventurerismo, los llamados conquistadores obedecían a un proyecto muy bien meditado de expansión colonialista por parte de los países que fomentaron las diversas empresas para arribar a América desde el mismo siglo XV en que de la mano de las nacientes formas del capitalismo, inició el proceso valiéndose de los más feroces métodos para subyugar a la población del llamado “Nuevo Mundo”.

La irrupción, sobre todo del capital comercial, hacia el centro de la vida económica de Europa será un coadyuvante principal de las expediciones en busca de las rutas que conducirían a América a la manera de empresas de conquista que, no obstante ser capitalistas, en tanto buscaban hacerse a nuevos mercados, tomaron brutales formas pre-capitalistas para ejercer el sometimiento y el expolio, como la esclavitud y el feudalismo, que derivaron en terribles acciones violentas, robos, asesinatos, masacres, ruptura del desarrollo social en todos sus espacios y, en fin, un espantoso genocidio de la población raizal amerindiana, sin parangones en la historia de la humanidad, a la cual sumaron

el exterminio de una no menor cantidad de población negra descendiente del continente africano.

Sin duda, teniendo el proceso de expansión colonialista de Europa al capital comercial como uno de sus propulsores principales, tal circunstancia, aún observándose el ascenso de la burguesía y el capitalismo en el llamado Viejo Mundo, no fue suficiente para que en el continente invadido la colonización tomara el mismo carácter; el absolutismo feudal imprimió sus taras en cabeza de los representantes de la pequeña, mediana y gran “nobleza” europea, en cabeza de los comerciantes monopolistas y de la iglesia católica que tenía la “gracia” del patronato real para hacer y deshacer en su misión de dismantelar la cultura y la cosmovisión de los pueblos originarios.

Con la espada y con la cruz se desarrolló la criminal conquista del “Nuevo Mundo”. Tierra arrasada, sometimiento a sangre y fuego, más la evangelización que en la América Nueva se realizó conducida por la corona española por efecto de la concesión papal que resultó de diferentes bulas.

Con las primeras noticias del “descubrimiento”, los reyes católicos de la España recibieron las tales concesiones que daban el “derecho” para apropiarse de las tierras de ultramar y de sus gentes. Sencillamente el Papa, el “representante de Dios en la tierra” decidió donar a España y Portugal los territorios que apenas comenzaban a ser invadidos. Desde 1493 surgieron las bulas que dejan testimonio del “munífico donativo”: *Inter Caetera*, *Dudum Siquidem*, *Eximiae Devotionis*, *Universalis Ecclesiae*, *Romanus Pontifex*, *Omnimoda*, o *Sublimis Deus*, fueron los nombres de las bulas con las que personajes como Alejandro VI, Julio II o Adriano VI, regalaron a América y encomendaron su evangelización. Así mediante un acuerdo de delincuentes la Corona le dio protección y exclusividad de adoctrinamiento a la iglesia católica y ésta en representación de Dios le donó a América. Redondo negocio de mutuo como asqueroso beneficio montado sobre las premisas del aniquilamiento y la esclavización de los pueblos indígenas. Y como era apenas obvio, la Corona entonces adquirió el derecho también de intervenir en asuntos que antes eran competencia sólo de la Iglesia católica, como lo de cobrar diezmos, nombrar misioneros y candidatos para todos los cargos eclesiásticos, etc.; atribuciones que se definieron con el establecimiento del Patronato Real y del Vicariato Regio.

La plenitud de la vida y los terrenales elementos de cada rincón de los que para unos era el Ñuke Mapu, o la Aby Ayala, o Xaba, la Pacha Mama, o la Madre

Tierra, con sus aves y sus plantas, con sus lagunas y cañadas, con sus gentes y misterios, sería el sagrado espacio que violentarían y someterían sin piedad, a sangre y fuego, los invasores. Y aunque la tierra misma parecía quererse defender con los puñales de sus vientos fríos bajando desde los picos nevados, o con el filo de sus tez rocosa, pantanosa, húmeda, infinitamente verde y extraña, en cuyas oquedades indescifrables se refugiaban sus nativos luego que conocieran la ferocidad del hombre blanco..., el hambre de oro, de plata y riquezas, arremeterá mediante las más infames formas imaginables, aplastando la bondad del indígena hasta obligarlo a la guerra en la que combatió con un valor que sólo ha podido ser ocultado por la iniquidad perversa de la historia que escriben y narran los vencedores.

El monstruoso impacto de la conquista no sólo casi exterminó grandiosas naciones de cultura y desarrollo social envidiables; no sólo negó a los pueblos originarios de América y África, sino que dejó contra los sobrevivientes la herencia de la segregación racista y clasista de las aristocracias criollas que luego sustituyeron en el poder a España, y que también maltrataron a los mestizos empobrecidos. Circunstancia esta que aún no cesa y que ha obligado a los victimados a mantener la lucha de resistencia popular contra la opresión local que termina haciendo imposición de esa interpretación euro-centrista de la historia, desconocedora del papel de los pueblos en la marcha de la sociedad, pero que favorece sin sonrojo los intereses hegemónicos del capitalismo y del imperialismo.

¿Quién, por ejemplo conoce más que a los invasores europeos, la gesta heroica de José Leonardo Chirinos, sublevado con su grito de rebeldía mucho antes que los independentistas del siglo XIX? El levantamiento de este compatriota, hijo de una indígena con un negro esclavizado, se produjo en mayo de 1795 en la hacienda Macanillas, en Venezuela, extendiéndose rápidamente por muchas otras haciendas productivas de la región de Coro, juntando a negros y mulatos en una tenaz insurrección que devastó las plantaciones esclavistas. En agosto del mismo año, finalmente, fue víctima de una traición y subsiguientemente capturado; en diciembre de 1796 fue condenado a la horca por los matones de la Real Audiencia. La ejecución se produjo en lo que hoy es la Plaza Bolívar de Caracas, y luego su cabeza fue metida en una jaula y expuesta en el camino que conducía a los valles de Aragua, para que sirviera de escarmiento y disuasión. Pero ya antes, entre las tantas acciones de resistencia épica dignas de memoria, en 1553 el negro Miguel se alzó contra Diego Fernández de Cerpa y una veintena de españoles más en Nueva Segovia de Barquisimeto. Con su grupo de rebeldes se internó en las montañas y fundó con indígenas y negros un pequeño

ejército para enfrentar el sistema de explotación de los conquistadores. Su lucha se mantuvo hasta ser vencido en combate por las fuerzas conjuntas de los españoles Diego García Paredes, Diego Fernández de Cerpa, Diego de Lozada y Diego de Ortega. Todos sus seguidores fueron nuevamente reducidos a la esclavitud. Pero valga decir que Diego García Paredes murió en una emboscada de indígenas mientras viajaba hacia Popayán, donde había sido nombrado gobernador.

Sin duda, desafortunadamente, son más los recuerdos de los canallas conquistadores que de los actos de los ofendidos; porque precisamente de ello se trata la historia oficial emblanquecida, patriarcal, machista, racista, xenófoba que América ha impuesto la vergüenza por lo originario, vergüenza por nuestros guerreros, sabios y gente sencilla de tierra y bosque, de nuestros hombres y nuestras mujeres de agua y relámpago, que supieron legarnos la dignidad que entraña la defensa del sagrado suelo agredido. Muy poco se sabe de lo nuestro más auténtico en comparación con lo que se escribe de los vencedores; pero aún así, a pesar del ocultamiento, ahí permanecerán las realizaciones sublimes, pongamos por caso, del gran Leftraro y Guacolda en la Araucanía invicta que jamás pudieron doblegar los españoles, de Túpac Amaru y Micaela Bastidas en el Perú, o de Túpac Katari y Bartolina Sisa en lo que hoy es Bolivia, entre millares y millares de otros luchadores y luchadoras.

Emprender el reencuentro con ellos es una tarea fundamental para fortalecer el ideal que ya inquieta a muchos sobre hacer la historia del pensamiento de la América Latina y del Caribe, yendo más allá de las simples referencias, por ejemplo, a las etapas o a los momentos de la guerra de independencia, como escuetamente se tratan en este simple ejercicio de aficionado.

Difícil es hacer aproximación certera y sistematización precisa del pensamiento de la dirigencia revolucionaria de los pueblos originarios o de los dirigentes de las negritudes y de las pobrerías mestizas, descifrando las características más relevantes de su concepción social en momentos de revolución, si se toma en cuenta que todo el ocultamiento y negación de su capacidad misma de pensar ha ido de la mano de la destrucción de las huellas de sus creaciones, impidiendo que sea tomado el hilo rojo que devele su desarrollo, más cuando entre lo que ha sobrevivido se inmiscuye la tergiversación y el falseamiento con el claro interés de sostener el entramado historiográfico que sustenta la preeminencia de los vencedores. Pero lo difícil no lo hace irrealizable, y es ello precisamente un aspecto de la lucha ideológica que tanto necesita que nos armemos de verdades surgidas del estudio y la investigación

No perdamos de vista que en el zurcido de mentiras de la historiografía oficial de los vencedores, están también los remiendos historiográficos referidos al “descubrimiento”, o del eufemísticamente conocido como “encuentro de dos mundos”. Sólo cuando las gestas independentistas van cobrando sus primeros frutos de emancipación es que la huella de sus protagonistas libertarios adquiere poco a poco el reconocimiento que los libera de la estigmatización criminalizante otorgada por los opresores; produciéndose, no obstante, con el paso de los acontecimientos, una especie de reconversión en que las aristocracias criollas que reemplazan al opresor español o europeo en general, instalan su propia lectura aviesa de la historia de la que van surgiendo muchos falsos héroes nacionales que coadyuvaron a usurparle al pueblo las posibilidades de trazar su propio destino en condiciones verdaderas de justicia.



2. ALUSIÓN A LOS INVASORES.

“No he podido comprender si tienen bienes propios, pues me pareció ver que aquello que uno tenía todos compartían” (Cristóbal Colón en su Carta a los Reyes Católicos. Tomado del Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela, Caracas, 1948)

“Chaupi punchapi tuyaka” (de una antigua elegía quechua ante el asesinato de Atahualpa, cuyo significado es “anoheció en la mitad del día”)

Inclinados seguramente también aún por el pesado fardo del acumulado historiográfico que esconde el protagonismo de los oprimidos, traigamos, no obstante, para inquietar en la necesidad de la búsqueda del contraste por parte de los dedicados al oficio de la investigación y la difusión, a algunos de los personajes de ingrata recordación que emprendieron la conquista y que sin embargo de sus atrocidades aún son celebrados, muchos, de manera estúpida por los regímenes oligárquicos que mayoritariamente hoy gobiernan los países que se independizaron de la Europa decimonónica. Contemos con que su mención nos pueda brindar un panorama sencillo sobre cómo la Aby Ayala (el continente americano) fue sometido para el expolio, pero sin olvidar, eso sí, en palabras de Neruda en su maravilloso Canto General, que “(...) como la copa de la arcilla era la raza mineral, el hombre hecho de piedras y de atmósfera, limpio como los cántaros, sonoro...”, enfrentando al invasor, seguramente soñando con que las generaciones futuras serían dignas de su sacrificio. En ese sentido, no olvidemos tampoco, aquella enseñanza del Libertador que nos indica que todo hombre que pueda servirle a la humanidad se convierte en delincuente si permanece ocioso.

Comencemos diciendo que en poco tiempo los invasores españoles extendieron su fuerza brutal en el continente, de tal manera que, por ejemplo, en el norte aplastaron la Confederación Azteca, proceso sangriento iniciado por Hernán Cortés; en Mesoamérica hicieron similar infamia contra los pueblos de la civilización Maya, lo cual fue emprendido con el desembarco de Jerónimo de Aguilar en 1511 y en el sur la destrucción del Imperio Inca la inauguró Francisco Pizarro incursionando violentamente en Cajamarca y el Cuzco.

Nuestro breve muestrario de infames abrámoslo con Hernán Cortés. Él, después de haber participado de la conquista de Cuba junto a Diego Velázquez

de Cuellar, hacia 1519 penetró a México con medio millar de hombres y 16 caballos. Luego de reunir población aborigen que se resistía al dominio de los aztecas, aprovechando la creencia de éstos en que se estaba produciendo el retorno del dios Quetzalcóatl, penetró a Tenochtitlan y sometió a Moctezuma II, quien lo había recibido con veneración. Poco después lo hizo su prisionero, y en esa condición de cautivo murió en circunstancias sobre las que hay distintas versiones: unas que dicen que fue como resultado de una pedrada que recibió desde la multitud cuando salió a aplacar una revuelta contra los españoles, o que fue producto de un flechazo, o que fue apuñaleado o que sucedió como consecuencia de una pócima venenosa que ingirió en su sitio de apresamiento.

El Imperio Azteca, en el momento de su máximo esplendor contaba con más de 5 millones de discípulos y su capital Tenochtitlan (hoy ciudad de México) tenía alrededor de 400 mil habitantes. Pero finalmente fueron conquistados en 1521 y Hernán Cortés quedó posicionado como jefe absoluto de un ingente territorio; no obstante al fracasar en 1524 en una expedición sobre Honduras, fue obligado al retiro.

Pedro de Alvarado, matador de indígenas aztecas, es terriblemente recordado por el episodio trágico que protagonizó ejecutando la masacre, entre otras, de la gran fiesta de Toxcatl, celebrada en días previos a la Pascua de Resurrección de 1520. Mediante un aleve ataque arremetió contra los mexicas, que se hallaban desarmados en el gran patio del Templo Mayor de la ciudad, asesinando a sangre fría parte de la nobleza y a muchos caciques con sus discípulos. En su huída los descontentos aztecas lo sorprendieron cuando marchaba por la calzada de Tlacopan, donde dieron de baja a la mayoría de españoles y de sus aliados tlaxcaltecas.

Alvarado había sido lugarteniente de Cortés, quien tuvo que esperar un año para retomar la iniciativa militar y conquistar definitivamente Tenochtitlan en agosto de 1521. Alvarado fue nombrado alcalde de la capital azteca en 1522. Conquistó luego territorio guatemalteco en 1523 y fundó la ciudad de Santiago de los Caballeros (hoy ciudad de Guatemala), que fue la primera capital de Guatemala y una extensa territorialidad de Centroamérica, que incluía el señorío de Cuscatlán (en el actual Salvador), escenarios que gobernó entre 1527 y 1531.

Durante una expedición sobre la región central de México, en el marco del levantamiento de los caxcanes y chichimeca (guerra del Miztón), cuando

actuaba en auxilio de Cristóbal de Oñate fue duramente castigada su tropa por los nativos en el peñón de Nochiztlan; mientras huía de la persecución sufrió un grave accidente cerca de Yagualica. Herido por el golpe de su propia cabalgadura, que le cayó encima en un despeñadero, murió a los pocos días en Guadalajara (julio 3 de 1541).

Debemos anotar que a la llegada de los europeos, en México como en otros escenarios del continente el desarrollo social de sus pueblos era, en muchos casos, superior al de los conquistadores, aun sin que entre los naturales existiera un desarrollo técnico-militar tan destructivo como el de éstos. Por ello en principio, en no pocos espacios se mantuvo el statu quo respecto al orden prehispánico establecido tomando en consideración la eficiencia del sistema administrativo cuya efectividad procuraron aprovechar al máximo, incluso manteniendo en sus posiciones a quienes controlaban las tributaciones, el trabajo del colectivo y el manejo de la producción.

Según el concepto del profesor José Luis Salcedo Bastardo, la azteca fue “una civilización que, pese al indiscriminado aniquilamiento de sus restos por el conquistador ibero, todavía asombra al mundo. Un milenio antes de Cristo, los mayas habían dominado allí y brillaron por sus obras; poseyeron un sistema de escritura relativamente perfeccionado y conocimientos muy elevados en matemáticas y astronomía; de su avanzada cultura hablan los restos de ciudades como Copán, Palenque, Chichen Itza, Tulum, Uxmal, Mayapan.

Con posterioridad a los mayas, distintos grupos nahuas mantienen la supremacía: toltecas, zapotecas, chichimecas. Finalmente, fue el turno de los aztecas, los cuales para 1325 fundan a Tenochtitlan, sobre la cual se yergue hoy la pujante metrópoli de los mexicanos” (*SALCEDO BASTARDO, José Luis. Bolívar un Continente y un Destino.. Ediciones de la Biblioteca No. 49 Universidad Central de Venezuela. Caracas, Edición 13ª. 1982 Pág. 14*)

Otra de las grandes culturas existentes en América a la llegada de los europeos era la de los Incas, quienes fueron conquistados por el sanguinario español Francisco Pizarro. Este elemento venía vinculado a las llamadas exploraciones del nuevo mundo desde 1509, bajo el mando de Alonso de Ojeda por entonces nombrado gobernador de Urabá con la misión de poblar Tierra Firme. Pero será junto a Vasco Núñez de Balboa ya habiendo sido éste nombrado por el rey Fernando II capitán y gobernador interino del Darién (diciembre de 1511) que Pizarro haría un recorrido por el istmo de Panamá en busca de un anunciado mar no muy lejano y de unas inmensas riquezas que habrían de estar hacia

el sur. Así llegaron hasta el océano Pacífico (según denominación que más tarde, en 1520 le daría una expedición dirigida por Magallanes) en el mes de septiembre de 1513; y por ello, entonces, se le llama a Balboa el “descubridor” del mencionado espacio geográfico, como si los pobladores que antes de él habitaran sus costas no hubiesen tenido conciencia de su existencia.

Sin concluir la conquista del istmo de Panamá, la expedición hacia el lugar en el sur donde se anunciaban las grandes riquezas en oro, fue organizada por el mismo Balboa, con 190 españoles, entre los que estaba Pizarro y habían varios centenares de indígenas que, “naturalmente” la historia no los presenta como protagonistas de nada; ni siquiera de las diversas acciones de resistencia a la incursión del conquistador

Después que Balboa regresó al Darién en 1514, Pizarro participó de diversas expediciones en busca de los tesoros de las costas y las islas del que llamaban mar del Sur. Recibió de Pedro Arias Dávila tierras que le entregaron como poblador a orillas del río Chagres en Panamá, donde luego de atesorar una significativa fortuna continuó nuevas exploraciones.

Pizarro también recorrió la costa colombiana en dos viajes que realizó entre 1524 a 1525 y entre 1526 a 1528, luego de los cuales prosiguió sus viajes hacia el sur, hacia el territorio al que llamarían Perú, después de diversas vicisitudes que incluyeron los combates y golpes propinados por los indígenas pobladores de las orillas del río San Juan en la actual Colombia.

Será en 1529, año en el que Pizarro firma con Isabel de Portugal (ésta actuando en nombre del emperador Carlos V, su esposo) una capitulación para conquistar el Perú, que se inicia en serio dicho proceso. Así, el conquistador de marras, que ya tenía noticias de la muerte de Huayna Cápac (1525), y de la existencia de una guerra civil entre sus hijos Huáscar y Atahualpa, por la sucesión, al lado de sus hermanos Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro, emprendió viaje hacia América (1530) para organizar la penetración al Perú.

En Panamá, Pizarro planificó el desenvolvimiento de los términos de la capitulación al lado de Almagro y Luque. Desde allí partió a principios de 1531 hacia Ecuador, donde en el año siguiente se le unió Sebastián de Belalcázar con refuerzos para la misma expedición; más tarde en la isla de Puná (Ecuador) se les agregó Hernando de Soto. En su trasiego de acumulación de fuerza y avance, el 15 de noviembre de 1532 entraron a Cajamarca, lugar que acababa de ser abandonado por Atahualpa al enterarse de la noticia del arribo de los españoles. La guerra civil había terminado hacía varios meses y Atahualpa,

mantenía prisionero al derrotado Huáscar.

Parece ser que Pizarro adelantó algunos de sus soldados hasta el sitio donde acampaba el Inca, y luego persuadiéndolo de que su visita era pacífica logró atraerlo hasta la ciudad amurallada. Al producirse el encuentro entre Pizarro y Atahualpa aún este no había hecho su entrada como máximo gobernante en Cuzco. Aquel, entonces, se dice que entre los argumentos de su ardid le invitó a una fiesta en su honor, a la cual accedió el inca, pero al arribar con su cortejo, desarmado, al sitio acordado, Pizarro le había tendido una emboscada con caballería, cañones y armas de fuego en general. De manera alevé Pizarro asesinó a centenares de indígenas y apresó a Atahualpa, a quien le exigió una inmensa cantidad de oro por dejarlo libre. Después de recibir lo que los historiadores calculan en 24 toneladas de oro y plata de parte de los partidarios de Atahualpa, Pizarro montó un sainete para “juzgar” al gobernante indígena acusándolo de haberle usurpado el poder a Huáscar y de haberle asesinado. A estos “cargos” el “tribunal” del invasor agregó otros como concubinato e idolatría; “crímenes” suficientes para condenarle a morir en la hoguera. Pero esta pena sería cambiada por la muerte por garrote si accedía a convertirse al cristianismo. Ya sin alternativa Atahualpa accedió al bautizo y sus “jueces” Pizarro y Almagro parece ser que lo asesinaron en la horca.

Algunas narraciones que justifican la actitud de Pizarro, suelen argumentar que habiendo el inca llegado acompañado de una multitud de sus seguidores en visita hasta el lugar donde estaba el conquistador y haberse negado a “acatar el requerimiento habitual”, que solían hacer los españoles para someter a los conquistados, los ejércitos de uno y otro bando entraron en combate. Pero lo cierto es que se trató de una traición y de una masacre infame. En la misma Cajamarca, el 18 de junio de 1533, Pizarro repartió con Almagro el botín robado a los incas. De este todo, Hernando Pizarro trasladó personalmente hasta España lo que se conocía como el quinto real, y que equivalía para entonces a 100.000 pesos de oro y 5.000 marcos de plata.

Por sobre la indignación del Ayllu, Pizarro impuso a Hualpa Cápac, hermano de Atahualpa, quien ya se había plegado a los conquistadores, como nuevo soberano inca. El ayllu nombró a Manco, hermano de Huáscar como gobernante.

En su avance hacia el Cuzco, Pizarro observando que la presencia de Hualpa Cápac acrecentaba la inconformidad de los incas, decidió asesinarlo; luego, utilizó el argumento de que él –Pizarro-, había ayudado a Huáscar en su lucha contra el usurpador Atahualpa, y así logró que la nobleza inca le permitiera

entrar a la ciudad, donde consecutivamente se coronó como gobernante a Manco Cápac II, hecho que se festejó con fastuosidad al tiempo que se permitió a los españoles establecer un cabildo y convertir el Templo del Sol ó Huaca del sol y de la Luna (Coricancha) en una iglesia católica. Hoy se puede contemplar la huella de la ignominia: después del saqueo, sólo unos muros se conservan bajo el monasterio de Santo Domingo.

Los incas de Quito, inconformes por la coronación de Manco Cápac II, encabezados por Rumiñahui, se levantaron en rebeldía, pero un contingente de tropas de Manco Cápac II y de los españoles avanzaron desde Piura a Quito para aplastar la rebelión. Al verse imposibilitados de resistir tal ofensiva los quiteños abandonaron su ciudad luego de incendiarla (año 1533).

Con traiciones y saña, Pizarro y Almagro extendieron el manto criminal de la conquista poniendo sus dominios territoriales bajo los nombres de Nueva Castilla (en la que se incluía al Cuzco) y Nueva Toledo, para el caso de la gobernación que se puso bajo el mando, primeramente de Almagro en territorio extendido 200 leguas hacia el sur (dominios del actual Chile) y luego de Pedro de Valdivia.

Traiciones y avaricia fueron características que acompañaron siempre a los conquistadores, desembocando en conflictos intestinos en los que, por ejemplo, finalmente los pizarristas mataron a Almagro y los almagristas a Pizarro. Así, entre sórdidas historias de codicia propias de esas feroces empresas capitalistas de acumulación insaciable, se extendieron los dominios españoles en la mayor parte de América Central y Meridional, generalmente haciendo tierra arrasada, exterminio físico y cultural de las sociedades nativas. Similar fue el procedimiento de todos los conquistadores europeos a los que de manera estúpida erigen estatuas de honor y gloria los meffíticos lacayos criollos que heredaron el poder usurpado.

3. ¿ENCUENTRO DE DOS MUNDOS?

“Antes de la creación no había hombres, ni animales, pescados pájaros... ; no había cosa en orden... ; si no es el mar y el agua que se hallaban en calma y así todo estaba en silencio y en obscuridad como noche. Sólo estaba el Señor y Creador, Gucumatz, madre y padre de todo lo que hay en el agua... Vino su palabra acompañada de los señores Tepeu y Gucumatz y, coincidiendo, consultando y teniendo consejo entre sí en medio de aquella obscuridad, se crearon todas las criaturas.” (Popol Vuh, leyenda del pueblo Quiché).

Cada “fundación”, cada iglesia levantada, fue el producto de la guerra de tierra arrasada aplicada contra pueblos que en muchos casos brindaron amistad y desprendimiento. Cada asentamiento de los invasores europeos se produjo luego del desangre y el sometimiento, al punto que de las 80 millones de personas que probablemente tenía el continente al momento de la invasión, como consecuencia de la guerra, la sobrexplotación y las enfermedades traídas por los europeos, pereció alrededor del 75%. La población restante, en su mayor parte, siguió sometida y destinada al trabajo esclavizante en las minas y plantaciones. Tal fue el decrecimiento poblacional ocasionado por el genocidio, que los europeos optaron por cubrir las “necesidades” de mano de obra con el tráfico de esclavos negros traídos de África, a los cuales dieron un tratamiento tan o más miserable que a la población aborígen, ocasionando la muerte de al menos 140 millones de ellos, incluyendo los que murieron en la cacería o en altamar para aligerar la carga. Hubo pueblos, como el Mapuche por ejemplo, o los de los palenques organizados por población negra fugada de la esclavitud, que se mantuvieron en lucha, fuera del sometimiento español.

No como un encuentro de culturas sino con el ejercicio del terror de la conquista, se establecieron, entonces, las primeras localidades del dominio europeo como Santa María la Antigua del Darién (1510), Santa Marta (1525) o Santafé de Bogotá (1538), en el caso del territorio de lo que hoy es Colombia, o el que fuera el ingente escenario en el que se desenvolvía el orden social, pongamos por caso, de los Chibchas, integrado antes, al igual que la mayoría de las otras grandes o pequeñas comunidades originarias, en una extensa geografía en la que generalmente imperaba el amor a la tierra y el respeto y equilibrio entre el ser humano y la naturaleza. Así fue como por órdenes del “buen” Cristóbal

Colón doblegó Ojeda al aguerrido Caonabo en las minas Quisqueyanas del Cibao. Así, fue como desde el principio procedieron los invasores para borrar cosmovisiones, creencias, sabiduría, identidad..., hasta la lengua y los topónimos de verba originaria; así fue como engañaron a ese Caribe valeroso señor de Maguana que había, al lado de su mujer Anacaona, emprendido la lucha de resistencia a los invasores. Después del levantamiento de Guarionex, cautivo fue enviado Caonabo en 1496 hacia España. Dicen que murió antes de llegar a tierra firme. Pero tempranamente también dejó el ejemplo de combate que finalmente expulsaría a los españoles del territorio americano.

En tiempo menor de un siglo la colonización había ocupado casi la totalidad del continente, y específicamente España, habiendo utilizado la fuerza de las armas y el dogma de la iglesia católica, controlaba la América meridional, Centroamérica y el sur de Norteamérica, imponiendo instituciones, lengua, religión. Gobierno real e iglesia católica marchaban de la mano en el despliegue del mortífero proyecto económico y “espiritual”.

Con el correr del expolio y la dominación se crearon entidades jurídicas y político-administrativas como el virreinato de la Nueva Granada, el de la Nueva España, el del Perú, por ejemplo, y otras subdivisiones territoriales, de una u otra manera cambiantes de un siglo a otro, en las que la población mestiza creció mayoritariamente, segregada tanto como la población originaria en estado de servidumbre y la población negra esclavizada.



4. UNA VISIÓN GENERAL SOBRE LA INDEPENDENCIA.

“Los americanos en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores”. (BOLÍVAR, Simón. Obras Completas. Compilación y notas de Vicente Lecuna. La habana, Cuba, editorial Lex. V. I y II. 1947).

“Bolívar construía un sueño,/ una ignorada dimensión, un fuego/ de velocidad duradera,/ tan incomunicable, que lo hacía/ prisionero, entregado a su substancia”. (NERUDA, Pablo. De su Canto General).

Poco a poco, además de los levantamientos de resistencia indígena y de las negritudes, que se produjeron desde la llegada de los europeos a América y desde el momento mismo en que la población negra fue desarraigada del territorio africano, antes del siglo XIX se presentaron también levantamientos insurreccionales a lo largo y ancho del continente, rebelándose contra las injusticias y discriminaciones económicas, políticas y de todo tipo, hasta desembocar en los movimientos de emancipación e independencia iniciados después de 1800 y que además de las razones internas tuvieron causas externas y motivaciones diversas de inspiración, entre las que sin duda cuenta como primordial la subyugación proterva de los invasores.

A partir de la independencia de Haití en 1804, en menos de cinco lustros el proceso político-militar de emancipación había dejado fuera de las manos de España y Portugal a casi la totalidad de la geografía latino-caribeña.

No son triviales ni descalificables como razones de peso entre las que movieron los sentimientos independentistas, factores de descomposición burocrática y político-administrativa entre los funcionarios españoles de las colonias y que incluían también al clero en sus distintas instancias, que estuvieron tocadas casi en su totalidad por la avaricia propia de la acumulación capitalista, más que por la también criminal evangelización aniquiladora de la espiritualidad de los aborígenes y los africanos.

Más allá de las pocas excepciones valiosas que nos brindan con su ejemplo peninsulares o europeos que participaron de la causa libertaria, e incluso religiosos como Hidalgo y Morelos en México y otras regiones, la alianza entre la institucionalidad invasora de los gobiernos e inversionistas del “viejo continente” y de la iglesia católica, operaba movida esencialmente por los intereses del capital, procediendo con probada crueldad y discriminación hacia los no europeos, excepción hecha de algunas prerrogativas otorgadas a los europeos-americanos o criollos blanqueados a fuerza de títulos, muchos de los cuales vivían entre actitudes vergonzantes de sus raíces indias, negras y mestizas. Todo ello fue haciendo el caldo de cultivo del que manan los movimientos independentistas. No obstante, aunque existieran condiciones concretas y causales de aquella compleja contradicción clasista y racial, no era poca la alienación que por un lado puso a una ingente cantidad de población subyugada a actuar del lado de los realistas, y el descontento de las pobrerías, además, generado por los criollos aristócratas que una vez saborearon el poder, lo que pretendieron fue simplemente sustituir a los europeos en su papel de amos, con lo que ocasionaron en uno y otro lado de las colonias en transe de emancipación, la confrontación fratricida.

Habría que subrayar que además de estos aspectos mencionados, y de procesos históricos como la Revolución Francesa, la independencia norteamericana respecto a Inglaterra o la emancipación de los patriotas haitianos que con toda determinación prestaron máxima colaboración al Libertador Bolívar en su propósito independentista de la segunda década del siglo XIX, hubo también innegable influjo del liberalismo mercantil entre la población criolla de América que puso acicate a la causa de la emancipación, factores todos que coinciden en un tiempo y circunstancias en que se produjo la abdicación de Carlos IV (presionado por los sucesos sociales que desembocaron en el motín de Aranjuez) y de Fernando VII (forzado por la invasión y exigencia de Napoleón) que hicieron entrar en crisis la posibilidad de control directo de la corona española sobre sus colonias en América. Estos hechos en mente de dirigentes independentistas influenciados también por los ideales de la ilustración y el liberalismo, sobre todo por el fundamento de que la soberanía radica en el pueblo, tuvieron un notable impacto en la dirigencia criolla, al menos, que había tenido la posibilidad de acceder a los centros educativos y materiales bibliográficos que lograron burlar a la inquisición.

Golpeada la dinastía de los Borbones por su propia decadencia y por efecto de la invasión de las tropas de Napoleón I Bonaparte, las condiciones para que desde América surgieran las primeras juntas patrióticas o de gobierno -así algunas

argumentaran estarse fundando para defender los intereses de la corona-, eran más que suficientes, y su perspectiva a favor de la independencia tan clara que era apenas elemental esperar la reacción de quienes se sintieran afectados en sus intereses político-económicos, y por ende la guerra, tal como aconteció.

Poco efecto durable que reconciliara a peninsulares y americanos generó la Constitución liberal de 1812 de España que pretendió restablecer la autoridad peninsular mediante la llamada Junta central de 1808, prometiendo un nuevo régimen político, social y económico en ultramar, pues la reacción absolutista de 1814, que se da con el retorno de Fernando VII al trono, desbocó la represión contra los independentistas e incluso contra aquellos que proclamaban subordinación al rey de España. En consecuencia la guerra se recrudeció, y si no hubo más tropas peninsulares con afán de restaurar la monarquía en América, fue sólo porque el pronunciamiento liberal y la conspiración revolucionaria de Rafael del Riego de enero de 1820, que buscaba recomponer el régimen constitucional, proclamando la Constitución de 1812, impidió su embarque, con lo que contribuyó a que las últimas campañas militares de los patriotas tuvieran que enfrentarse a menor cantidad de enemigos para obtener la victoria.

Con el expolio sangriento del “Nuevo Mundo”, Europa logró en principio acumular el capital banquero y comercial que después le permitió dar el salto al capitalismo industrial del siglo XIX bajo los “principios” de la libre competencia que fue consolidando tal sistema de explotación como el dominante entre cualquier otro conjunto de relaciones sociales. Así, entonces, debemos precisar en que en nuestra América, la interesada “ayuda” de la Inglaterra colonialista para que las nacientes repúblicas en transe de emancipación respecto a España y Portugal, con todo y la sangre patriótica que se sacrificó, sólo logran una independencia formal, para convertirse casi de inmediato en nuevas colonias en las que las burguesías criollas dependientes, como clase dominante local, están subordinadas política, económica, militar y culturalmente a los imperios (sobre todo al de los Estados Unidos de América), que rigen el mundo.

5. LEVANTAMIENTOS INDEPENDENTISTAS EN LA PATRIA GRANDE.

“Para nosotros la patria es América; nuestros enemigos los españoles; nuestra enseña la independencia y la libertad” (BOLÍVAR, Simón. Proclama a la Div. del Gral. Urdaneta, noviembre 12/1814).

Pero volviendo al tema de la *Primera Independencia*, la formal que da paso a una nueva expresión de colonialismo, si hablamos en términos de Patria Grande, deberemos decir que, descontando los múltiples y diversos procesos de resistencia indígena y levantamientos de las negritudes, de la población originaria y de la población mestiza más sojuzgada de antes del siglo XIX, el proceso independentista respecto al imperio español tiene sus primeras contundentes manifestaciones con los “movimientos juntistas” que evocaban los movimientos similares que estallaron en España al momento de la invasión napoleónica. Hacia 1808 se comenzaron a establecer la primeras “juntas patrióticas”, recogiendo de alguna manera el influjo también del movimiento independentista de las Trece Colonias norteamericanas y las insurrecciones de esclavos haitianas que precipitaron la fundación de la República de Haití

Particularmente las invasiones de la Francia napoleónica en Europa habían ocasionado un vacío de poder en la España que fue aprovechado por las aristocracias criollas, primero en Montevideo en septiembre 21 de 1808, después –mes de mayo de 1809- en Chuquisaca (Alto Perú), que es el actual Sucre (Bolivia); en julio se estableció en La Paz, en agosto en Quito, en mayo de 1810 en Buenos Aires, en julio la de Santafé de Bogotá y en septiembre la de Santiago de Chile.

Por lo general, en principio las juntas guardaban, al menos formalmente, la fidelidad a la corona, pero la misma reacción extremadamente violenta de la monarquía peninsular una vez recobró el poder, obligó a los criollos a catalizar el proceso independentista.

Así las cosas, tal como en el sur se levantó Chuquisaca contra la Audiencia repercutiendo rápidamente en la villa de La Paz, integrando a mestizos y criollos, también en el norte, dentro del mismo contexto, se produjo en México

en 1809 la Conspiración de Querétaro, como movimiento fallido en contra de la corona, pero que fue antecedente del Grito de Dolores encabezado el 16 de septiembre de 1810 por el cura patriota independentista Miguel Hidalgo.

Para el caso de los levantamientos juntistas de Chuquisaca y La Paz, que congregaron un enorme caudal de masas dirigidas por Pedro Domingo Murillo, los virreyes de Perú y Buenos Aires fueron rápidos en unir fuerzas para aplastar la rebelión. De nada valieron las intenciones de dialogar expresadas por Pedro Murillo, pues las tropas realistas entraron en La Paz y masacraron a la población. En contraste los aristócratas de Chuquisaca que rindieron sus armas fueron tratados con benevolencia.

Los sucesos juntistas de mayo de 1810 en Buenos Aires lograron gran impacto en Cochabamba, donde generó la declaración de independencia de septiembre 14 de 1810, y la subsiguiente e inmediata adhesión a la Junta separatista del Río de la Plata. Este ejemplo fue seguido además por Santa Cruz, Oruro y La Paz.

Vendrían luego, desde Buenos Aires, las acciones de las tropas independentistas de Juan José Castelli. En noviembre de 1810, ya adentrándose en el Alto Perú impone su fuerza en Suipacha (en el sur de la actual Bolivia, entonces perteneciente a la audiencia de Charcas, Alto Perú). La Batalla de Suipacha, fue librada el 7 de noviembre de 1810, constituyéndose en triunfo del ejército patriota rioplatense al mando del general Antonio González Balcarce.

Castelli estableció su gobierno en potosí, desde donde ordenó medidas radicales: ejecutó a las autoridades españolas, declaró la emancipación de los indígenas y el reparto de tierras entre los desposeídos. En las ruinas de Tiahuanaco (“Ciudad de los Dioses”), antigua ciudad preincaica, situada al sur del lago Titicaca, Castelli realizó una masiva ceremonia en la que proclamó la igualdad de los ciudadanos, lo cual no fue bien visto por la aristocracia peruana. En consecuencia, le retiraron el apoyo, hecho que precipitó la derrota militar de las fuerzas bonaerenses el 20 de junio de 1811 en Huaqui (en el actual departamento boliviano de La Paz).

El desastre militar de Huaqui sirvió de excusa a los conservadores bonaerenses para enjuiciar y relevar a Castelli de la conducción del ejército patriota. Mientras Belgrano asumió el mando, Castelli murió en prisión en 1812. No obstante, la dinámica que imprimió Castelli al proceso coadyuvó al despertar de la resistencia guerrillera de los montoneros, factor clave para retener la ofensiva realista que avanzaba hacia el sur, destacándose en el desenvolvimiento de este movimiento de lucha irregular la figura de Manuel Asencio Padilla, quien con

su esposa Juana Azurduy de Padilla, escribieron una de las más dignas páginas de resistencia popular en el Alto Perú.

Nótese que en la región de Perú y Alto Perú si, ciertamente, se concentró la aristocracia más recalcitrante de la sociedad colonial, al mismo tiempo allí se presentaron desde siempre movimientos de resistencia en cabeza de las masas indígenas. El mismo Manco Cápac II, aún habiéndose coronado en el Cuzco con la complacencia de Pizarro, con quien luego estableció alianza para sofocar las revueltas de los indígenas quiteños, en determinado momento, después de 1535, rompió con los españoles y desató la guerra de resistencia en Vilcabamba. Después de la traición de su hijo Sayri Túpac que se entregó a las pretensiones de los conquistadores, en 1560 el otro hermano Titu Cusi Yupanqui mantuvo la resistencia hasta 1572. En fin, en este mismo territorio se mantendrá la siembra del ejemplo de resistencia de los pueblos originarios.

Más de tres siglos duró, también, quizás con mayor fervor la resistencia araucana, de la que Colocolo, Caupolicán y Leftraro son insignes representantes, en medio de la esclavitud, la servidumbre, peonaje, la mitas y obrajes ... , en medio de toda la represión y tiranía de horca, mutilaciones y azote los pueblos oprimidos por España mantuvieron su levantamiento armado, floreciendo rebeliones como la de Túpac Amaru II hasta 1572 cuando fue derrotado y muerto por Martín de Hurtado. Con todo el fulgor de las masas avasalladas rompiendo cadenas, la segunda mitad del siglo XVIII fue escenario, por ejemplo de levantamientos como el de Juan Santos Atahualpa (desde 1742 hasta 1761), la de Hualpa Inca (1767), la de los hermanos Tomás, Dámaso y Nicolás Catari en el mismo año. Pero el movimiento tomó su mayor dimensión cuando él se suma la figura de José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca que movilizó un verdadero ejército de indígenas en una lucha que reivindicaba los intereses de su raza, como también de los negros y los mestizos explotados (noviembre de 1780). Después de heroicas victorias como la de Sangarara, tras el fracaso del cerco militar al Cuzco la contra-ofensiva realista golpeó a los rebeldes. Túpac Amaru fue capturado y supliciado, descuartizado, el 18 de mayo de 1781. Su familia también sufrió tormentos a manos de los españoles.

La rebelión de las masas indígenas fue proseguida por el hermano de Túpac Amaru, de nombre Diego Cristóbal, con una fortaleza y éxito tales que incluso llegaron a sitiar Lima. Pero finalmente, en febrero de 1783 Diego Cristóbal fue capturado en Tinta y luego ejecutado, dejando los antecedentes firmes para los

combatientes populares del futuro. Con seguridad de ellos bebieron ejemplo las masas indígenas que gestaron en el siglo XVIII los movimientos anti-coloniales; en ellos se inspiraron luchadores como José Angulo, quien en noviembre de 1813 sublevó una guarnición realista compuesta fundamentalmente por indígenas. Este primer intento fallido lo repitió en agosto de 1814 junto al cacique Mateo García Pumacahua con quien en septiembre estableció un gobierno rebelde en La Paz. Mateo Pumacahua, quien antes había servido a las tropas realistas defendiendo al Cuzco contra los insurrectos de José Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru), ahora pasaba al bando contrario. Había derrotado a Túpac Amaru en la batalla de Guarán, militó contra la revolución criolla de La Paz en 1809, combatió contra los sublevados del Alto Perú del lado del gobernador y presidente de la audiencia de Cuzco José Manuel de Goyeneche; en tal correría logró el grado de brigadier en 1811 ..., pero en 1814 abrazó la causa de los patriotas, actuando en el mismo año en la sublevación de Cuzco y en la expedición a Arequipa, en la que infringieron sus copartidarios una aplastante derrota a las tropas realista en Apacheta. En 1815, Mateo García Pumacahua fue derrotado en la batalla de Humachiri. A los pocos y días fue apresado y ejecutado en Sicuani, (ciudad peruana, actual capital de la provincia de Canchis, situada en el departamento de Cuzco, a unos 118 km. al sureste de la otrora capital del imperio Inca) sobre la cordillera Oriental peruana.

En lo que concierne a la rebelión dirigida por Hidalgo en México, aunque demandaba el fin del mal gobierno, aún no desconocía el poder del rey Fernando VII; pero aún así las fuerzas realistas ejecutaron a Hidalgo en Chihuahua en 1811. No obstante, el Grito de Dolores, con su indiscutible éxito inicial fue un paso decisivo para el avance independentista que luego prosiguió liderado por el sacerdote José María Morelos, quien tras tomar Acapulco en 1813, a finales del mismo año convocó el congreso de Chilpancingo, que promulgó la Declaración de Independencia y la Constitución de Apatzingán. Esta constitución fue sancionada en la población del mismo nombre el 22 de octubre de 1814 como la primera ley fundamental redactada por los mexicanos (se le atribuye al propio Morelos), pero la guerra no permitió que entrara en vigor. Morelos fue capturado por las tropas realistas en noviembre de 1815 mientras protegía la retirada del Congreso hacia Tehuacán; un tribunal de la “Santa” Inquisición lo acusó de herejía, lo despojó de sus hábitos de cura y lo condenó a muerte; fue fusilado el 22 de diciembre de 1815, acontecimiento que marca el final del primer período del movimiento insurgente en el Virreinato de la Nueva España (México).

Paraguay proclamó su independencia en mayo 14 de 1811; Venezuela, con el

protagonismo de Francisco de Miranda en la Sociedad Patriótica, lo hizo el 5 de julio del mismo año, fundando una primera república que pronto sucumbió frente a la arremetida española.

Las derrotas sufridas por España frente a las tropas de Manuel Belgrano en las batallas de San Miguel de Tucumán (septiembre 25 de 1812) y Santa (febrero 20 de 1813), permitieron sentar las bases para la independencia del Río de la Plata, cuyas aspiraciones de construcción nacional giraban alrededor de Buenos Aires. No así ocurría con la Banda Oriental (Uruguay), cuyo proceso independentista tomó su propio rumbo conducido por el prócer José Gervasio Artigas.

Para el patriota Artigas, cariñosamente llamado por sus seguidores Don José, la política de la oligarquía centralista de Buenos Aires, que era lo mismo que decir la política trazada por la masónica “Logia Lautaro”, no iba con él. Era Artigas más afín con el pensamiento independentista, republicano, de Bolívar, en quien observaba el alma de la unión continental y el punto de convergencia: “Unidos íntimamente por vínculos de naturaleza y de intereses recíprocos, luchamos contra tiranos, que intentan profanar nuestros más sagrados derechos” (citado por SALCEDO BASTARDO, José Luis. Op. Cit., pág. 65 de la versión digital).

Las leyes de la Logia secreta se habían establecido con el objetivo de coadyuvar a la formación de estados independientes de España, pero monárquicos y vinculados a las potencias de Europa Occidental y los Estados Unidos. Escribe Juvenal Herrera citando a Liévano Aguirre, que no es sorprendente, entonces, que “desde Rivadavia hasta San Martín, en su correspondencia y en sus conversaciones, mencionaran insistentemente las órdenes de los hermanos”. (HERRERA TORRES, Juvenal. Simón Bolívar Vigencia Histórica y Política. Versión digital. Tomo II. Pág. 98).

Las masas artiguistas no aceptaban esta posición política que en realidad no entrañaba el sentimiento de libertad que propalaba el revolucionario uruguayo. Ello provocó, entonces, la rebelión de los pueblos de la Banda Oriental conducidos por Artigas, (llamado el Protector de los pueblos libres), al que no pudo contener Belgrano, quien a la sazón era el más connotado representante del autoritarismo bonaerense. No obstante, el espíritu monarquista de varios de los rebeldes del sur, entre los que se cuentan a Pueyrredón, Belgrano y al propio San Martín, exteriorizaba evidentemente su ojeriza contra el removedor de la democracia de los campos, persiguiéndolo, acosándolo sin cesar.

Es tal vez esta serie de contradicciones que suscitaron intensas confrontaciones entre los dirigentes del Cono Sur lo que quizás empujó a San Martín hacia el Perú contando con que la aristocracia conservadora fuera más proclive a sus planteamientos monarquistas trazados por la logia de “los hermanos”, la cual pretendía erigir un reino que integrara Perú, Chile y Buenos Aires.

Con la contraofensiva realista muchos territorios que se habían declarado independientes vuelven a caer bajo el yugo español a partir de 1815, especialmente, pero la guerra de resistencia no amaina y la causa independentista toma nuevos bríos. Para el caso de lo que hoy es Argentina y Chile, entre 1816 y 1818 se producen acontecimientos fundamentales para la emancipación que permiten que en julio de 1816 el Congreso de Tucumán proclame la independencia de las provincias unidas del Río de la Plata, ya de manera formal y más fortalecida. El norte y el centro de Chile pasan a control de los patriotas independentistas luego de la batalla de Chacabuco en la que el Ejército de los Andes dirigido por los generales San Martín y O’Higgins derrotó la tropa realista conducida por Rafael Maroto, el 12 de febrero de 1817. Luego, con la batalla de Maipú, ocurrida el 5 de abril de 1818 las tropas de San Martín pusieron fin a la ocupación española en Chile, consolidando con ello la independencia del imperio español.

Para el caso de la Nueva Granada, jugaron un papel preponderante figuras como la de Camilo Torres o la del prócer Antonio Nariño, quien desde una genuina postura revolucionaria que clama por expulsar definitivamente a los españoles, recuerda a los americanos en su **Bagatela** No.10 del 15 de Septiembre de 1811, poniendo al desnudo lo que es realmente la llamada “**Madre Patria**”, en relación con los pobladores de nuestra América: “¿De cuál de estas progenies ha sido Madre la España? ¿De cuál de ellas ha sido Patria la Península? No de los indios que ya existían y que poco o nada tienen que agradecer a los españoles (...) Tampoco es Madre ni Patria de la casta de los negros. Horroriza solo el pensamiento de que aspire a título de Madre la que ha autorizado el tráfico infame de los negros, la que ha cooperado a sus desgracias, la que ha estampado sobre sus frentes el sello de la esclavitud”. (Citado por HERRERA TORRES, Juvenal en Bolívar y su Campaña Admirable. Tercera edición Caracas, 2005. Lecturas Bolivarianas. Ediciones Convivencias de la Corporación Bolivariana Simón Rodríguez. Pág. 48).

Las posturas de estos conductores granadinos, entre otros, generaron un potente inicio independentista a partir de julio de 1810, y apoyando a Bolívar en sucesos importantes como la Campaña Admirable de finales de 1812 y

primer semestre de 1813. Recordemos que después de la caída de la Primera República en territorio venezolano, el Libertador ha reorganizado una pequeña fuerza que barre de tropas realistas el bajo Magdalena para luego con el concurso de la Unión Granadina penetrar en territorio venezolano; pero las autoridades españolas, mediante un discurso demagógico que aprovecha las falencias de aquella primera República fallida que había hecho onerosa la vida para las pobrerías sólo favoreciendo a los aristócratas mantuanos criollos, logra poner a su favor a gran parte de la masa empobrecida, y con la ayuda del clero conservador y reaccionario levanta a negros, indios esclavizados, mestizos en la miseria y libertos a favor de Dios y de Fernando VII.

Al respecto, el historiador colombiano Juvenal Herrera indica, “Bolívar no olvidaba que mucho más de la mitad de las fuerzas realistas en Venezuela estaba conformada por nativos que habían adquirido el hábito de la obediencia al imperio, que nunca habían sido libres, y, por lo tanto, nada sabían de libertad, y que, por lo tanto, la guerra de independencia tenía al mismo tiempo cierto carácter de confrontación civil”. (HERERA TORRES, Juvenal. *Ibidem*. Pág. 7). Y al explicar el porqué del Decreto de Guerra a Muerte promulgado en Trujillo, señala que Bolívar pretendió “divorciar la fidelidad a Cristo de la fidelidad al estado español” (*Ibidem*); agregando que se trataba de la “sustitución del rey como símbolo de hermandad y justicia, por América y la República” (*Ibidem*). Para puntualizar diciendo que “Al oponer la guerra a muerte al odio de castas y razas, le indicó al pueblo que la brecha no se haría ya según el nivel social o el color de la piel, que la patria era el patrimonio común de todos los nacidos en ella” (*ibidem*).

De tal manera que en medio de la confrontación feroz, el Decreto de Guerra a Muerte, promulgado durante la Campaña Admirable, fue uno de los factores de emergencia concebido para forjar el sentimiento de americanidad que propulsara a la población a enfrentar a los peninsulares como extranjeros e invasores.

Una vez culminó la guerra entre España y Francia, la Corona pudo enviar fuerzas de represión terrible contra los alzados independentistas de las colonias en América. El general Pablo Morillo fue destacado como “Pacificador”, con una fuerza de 15 mil efectivos, veteranos de las guerras contra Napoleón. Después de millares de muertos y destrucción, tras diez años de confrontación, la batalla de Ayacucho daría al traste con el imperio.

Sin duda, fue la cohesión del Ejército Libertador en cabeza de Simón Bolívar la

que posibilitó concretar la derrota de los españoles en los momentos esenciales de la confrontación y la visualización de un proyecto de unidad continental que permitiera a futuro frenar las ansias imperialistas de las grandes potencias, y particularmente de los Estados Unidos que ya se perfilaban como Estado hegemónico y rapaz: El 7 de agosto de 1819 en la batalla de Boyacá se produjo la victoria del ejército patriota contra las fuerzas leales a España. En consecuencia la Nueva Granada se erigió independiente y con posterioridad, hacia diciembre del mismo año en el Congreso de Angostura se proclamó el surgimiento de la República de Colombia, en la que se integraron, en principio los territorios de Venezuela que hasta entonces se habían logrado liberar, y la Nueva Granada, posteriormente Panamá y Ecuador.

Subsiguientemente, mediante la Batalla de Carabobo (realizada en las sabanas del mismo nombre cerca de Valencia, en Venezuela), se propinó derrota contundente a las tropas realistas el 24 de junio de 1821, asegurando la independencia de Venezuela del dominio español. En agosto 30 se realizó el Congreso de Cúcuta que aprobó la constitución colombiana, estableciendo en ella un gobierno genéricamente republicano y eligió a Bolívar como Presidente.

La gesta del ejército Libertador, luego de terribles vicisitudes había dado a luz la concreción inicial del mayor sueño del prócer Miranda y de los verdaderos independentistas. En cabeza de Simón Bolívar, fundamentalmente, se creó Colombia. Entre febrero y diciembre de 1819, tiempo en el que se desarrollaron las sesiones del Congreso de Angostura, se trazaron los lineamientos que suscitaron la unidad de la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Desde los campamentos insurgentes del ejército Libertador fue surgiendo la institucionalidad revolucionaria que enfrentaba al viejo orden colonialista español.

El 7 de agosto de 1819, al mismo tiempo que sesionaba el Congreso en la histórica ciudad del oriente venezolano que hoy lleva el nombre de Ciudad Bolívar, luego de cruzar los llanos y ascender a las cumbres de los Andes, el Ejército Libertador derrotaba, primero en el Pantano de Vargas y luego en la batalla de Boyacá, sobre territorio granadino, a las tropas españolas conducidas por el general José María Barreiro.

La batalla de Boyacá, por parte de los patriotas granadinos y venezolanos, estaba conducida por Simón Bolívar. Se suele mencionar también entre sus artífices al sátrapa Francisco de Paula Santander, a quien Bolívar por exceso de

diplomacia le rinde reconocimiento no merecido. No obstante, en ése como en otros eventos, en favor de la unidad, el Libertador tuvo que hacer caso omiso a la condición de oportunista y traidor que ya mostraba el político granadino. De hecho, y a pesar de Santander, esta batalla fue decisiva para lograr la emancipación de Nueva Granada y Venezuela, y abrió una secuencia de triunfos que condujeron al desmantelamiento del poder de la corona española luego de la batalla de Ayacucho de 1824 que, aun con los obstáculos que impuso el santanderismo, brillantemente fuera conducida por el Mariscal Antonio José de Sucre.

Entre las diversas batallas que permitieron defenestrar el colonialismo español del siglo XIX, es de resaltar también la batalla de Carabobo ocurrida el 24 de junio de 1821 contra algo más de 4000 efectivos realistas dirigidos por el mariscal de campo Miguel de la Torre. El ejército Libertador, bajo el mando de Bolívar y combatientes de la talla de José Antonio Páez, Rafael Urdaneta o José Francisco Bermúdez, sellaron la independencia de Venezuela mediante dicha contienda, y dieron las bases y argumentos que permitieron a Bolívar entregar un parte de victoria en el que destacaba que con el triunfo quedaba establecida la fundación de Colombia.

San Martín, que poco tiempo atrás había derrotado a los españoles en Chile, movió sus tropas al puerto peruano de Pisco en septiembre de 1820. A mediados del año siguiente, la ciudad de Lima, que ya había sido abandonada por la fuerza realista, fue tomada por San Martín; en julio de 1821 el ejército de San Martín entró en Lima, que había sido abandonada por las tropas españolas. El 28 de julio de 1821, proclamó la independencia del Perú. Pero la definitiva liberación la prodigaría Simón Bolívar, quien entra al Perú con su ejército en 1822, desenvolviendo en esta incursión la etapa conclusiva de la campaña militar de emancipación de la América continental. En esta recta final se produce la batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822 (define la independencia de Ecuador, facilita la independencia del Perú y consolida la fundación de Colombia) y la batalla de Junín, que se cumplió el 6 de agosto de 1824; ambas fueron la antesala que auguraba el fin del dominio español, al cual dan los patriotas contundente derrota en la batalla de Ayacucho.

Bolívar había conocido tempranamente de las ideas monárquicas de San Martín. Quizá por eso, le escribió el 2 de noviembre de 1821, condenando la proclamación del imperio en México, diciéndole que tal hecho podría significar el traslado de un príncipe europeo a la América, y hasta el del mismo Fernando VII, lo cual implicaría una constante amenaza contra la independencia, la

libertad y la soberanía de América. En la mencionada carta, Bolívar le precisaba a San Martín que: “Trasladados al Nuevo Mundo estos príncipes europeos, y sostenidos por los reyes del antiguo, podrán causar alteraciones muy sensibles en los intereses y en el sistema adoptado por los gobiernos de América. Así es que yo creo que ahora más que nunca es indispensable terminar la expulsión de los españoles de todo el continente, estrecharnos y garantizarnos mutuamente, para arrostrar los nuevos enemigos y a los nuevos medios que pueden emplear” (HERRERA TORRES, Juvenal. Simón Bolívar Vigencia Histórica y Política. Edición digital. Pág. 85).

Así las cosas, nada diferente a un abrazo en el que lo que se debatía era posiciones ideológicas contradictorias, pudo entrañar el encuentro entre el Libertador y el llamado Protector del Perú. En fin, un inocultable antagonismo referido al ordenamiento político para América, respecto al cual era imposible que San Martín pudiera persuadir a Bolívar, pues aunque el Libertador reconociera en éste su genio militar y el papel jugado en la derrota de las tropas españolas en los Andes del Cono Sur, combatía abierta y francamente su visión monarquista que de paso rendía pleitesía a la recalcitrante aristocracia autoritaria de Lima.

En todo caso, desde el sur y desde el norte, entre contradicciones y vicisitudes políticas y militares, que no pocas veces costó la vida de insignes patriotas, la emancipación de la América meridional se desplegaba vertiginosamente. El ejército de los Andes, con todo el sacrificio aportado por las guerrillas de Manuel Rodríguez, o por los hermanos José Miguel, Luís y Juan José Carrera (todos estos muertos en el marco de las contradicciones internas y sobre todo por decisión de la Logia secreta Lautarina), con las fuerzas de O`Higgins y San Martín unificadas en lo fundamental, cosechaba victorias esenciales, al tiempo que el Ejército Libertador acicateado por valientes como Bolívar, Sucre o Manuelita Sáenz, hacían lo propio.

Después de la derrota patriota de Rancagua (octubre de 1814), las duras batallas de Chacabuco (febrero de 1817) y Cancha Rayada (marzo de 1818), abrieron la estrada de la heroica victoria de Maipú que puso más alto que nunca el nombre de los Libertadores del Sur. Pasaría entonces San Martín, encabezando una tropa de 3500 chilenos y 1500 argentinos, hacia Pisco rumbo a tomar control del Perú.

Bolívar, entonces, enterado de los sucesos que se desenvolvían al sur de Colombia, le escribe al general argentino el 10 de enero de 1822: “Me hallo en marcha para ir a cumplir mis ofertas de reunir el imperio de los Incas al imperio

de la Libertad; sin duda, que más fácil es entrar en Quito que en Lima”, y le anuncia que pronto “...los estandartes de la Ley y de la Libertad, nos reunirán en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano”. (Citado por HERRERA TORRES, Juvenal. Op. cit, pág. 49).

Aquellos pasos que se dieron hacia la construcción del sueño mayor de la Patria Grande que englobara a la América meridional, derivaron en victorias militares y políticas que efectivamente sentaron bases para la materialización de lo que comúnmente se suele llamar la Gran Colombia, pero que en sí encierra el prospecto del concepto genuino de Colombia a secas como categoría política y social de unidad de pueblos, en perspectiva de la forja de la gran nación de repúblicas que planteó el Libertador, siguiendo el legado de Miranda, su idea de la unificación de la América meridional; es decir, su sueño anfictiónico: . *“Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?”* (BOLÍVAR)

Entretanto, el 24 de febrero de 1821, en la ciudad mexicana de Iguala, el general Agustín de Iturbide, el mismo que en 1815 derrotó a Morelos actuando a nombre de las fuerzas de la corona española, pone en marcha el llamado Plan de las Tres Garantías o Plan de Iguala, en el cual proclama la independencia de México. Este Plan, conocido también como Plan Trigarante, a instancias de los obispos de Guadalajara y Puebla, de los terratenientes criollos y los comerciantes españoles que proveyeron de armas y municiones a Iturbide, había surgido de un acuerdo en el que además el ex oficial realista tenía la misión de concretar un acercamiento con el jefe insurgente del Sur, Vicente Guerrero, quien con un pequeño ejército había continuado los propósitos de cambio de Hidalgo y de Morelos.

Los principios consignados en el Trigarante expresaban la oposición al régimen liberal español que obligó a Fernando VII a acatar la Constitución de 1812. Estos principios básicos proclamaban: la independencia de México, pero gobernado por un príncipe español que debía ser designado por Fernando VII; la permanencia exclusiva de la religión católica como la única del país y la igualdad de derechos entre criollos y peninsulares habitantes de México

Como consecuencia del Plan, el virrey Juan O’Donojú, llegado a México en

julio de 1821, aceptó los términos del Tratado de Córdoba, reconociendo la independencia del país. Según la terminología liberal española, pasó a llamarse jefe político, y se fue configurando un formato de independencia apegada a los cánones de los grupos más conservadores del virreinato de Nueva España. No son los criollos de ideología liberal los que toman la conducción del México “independiente” de este momento.

En mayo de 1822 Iturbide toma el poder total en México, incluyendo la audiencia de Guatemala; un motín del regimiento de Celaya provocado en el mes de mayo da al traste con el Congreso Constituyente que había sido elegido el 25 de febrero. Como corolario le entregan el poder a Iturbide, quien en el mes de julio se proclama emperador, toma el nombre de Agustín I y comienza intensa represión contra los republicanos, hasta el punto de lograr una reacción que poco a poco ganó el apoyo de la mayoría del ejército y forzó el restablecimiento del Congreso y la dimisión del emperador el 19 de marzo de 1823. El imperio fue abolido en abril y Agustín Iturbide partió para Europa de donde regresaría en julio de 1824. Iturbide terminó declarado traidor y fusilado.

Por estos mismos tiempos turbulentos, el 7 de septiembre de 1822, Pedro, príncipe regente, hijo del rey portugués Juan VI, lanzó el “grito de Ypiranga”, que proclamaba la independencia del Brasil. Inmediatamente se coronó como emperador. No se trataba obviamente del mismo hilo conductor de los tiempos de Tiradentes, quien en la década de 1780 lideró los levantamientos contra el dominio colonial portugués en la región de Minas Gerais. La “Conjuración Minera” liderada por Joaquim José da Silva Xavier (Tiradentes) había tenido elevada carga de audacia, similar a la sufrida por otros valerosos de la talla de José Antonio Galán o Túpac Amaru, que se atrevieron a levantar sus voces anticoloniales en el siglo XVIII, sin contar con vínculo alguno con la metrópoli europea en el poder. El escarmiento por su intrepidez fue el del tormento. Tiradentes fue detenido en abril de 1789, luego ahorcado y posteriormente descuartizado en Río de Janeiro, el 21 de abril de 1792.

Para el caso del grito de Ypiranga diversos factores favorecieron la determinación sin que se comprometieran sus protagonistas en confrontación y guerra. La invasión en 1807 de las tropas napoleónicas a Portugal había obligado a Juan VI a refugiarse en Brasil, donde la fiebre independentista bullía en diversos, múltiples e importantes núcleos de revolucionarios asentados en Bahía y Río de Janeiro. Eran estos epicentros de difusión de las ideas liberales venidas de Europa. Luego de la fallida insurrección de Recife de marzo de 1817, las tropas portuguesas intentaron la anexión de la Banda Oriental del Río de la Plata

comenzando por ocupar a Montevideo (hecho que quizás sí generó las muertes que no se produjeron por la determinación brasilera de independencia). En agosto de 1820, tuvo lugar un alzamiento en Porto y Juan VI regresó a Portugal al año siguiente, dejando como regente a su hijo, el futuro emperador Pedro I. Es entonces cuando Pedro I, mediante el grito de Yripanga, declaró la independencia de Brasil: era el 7 de septiembre de 1822. El emperador se mantendría en el poder hasta 1831, cuando abdica a favor de su hijo Pedro II.

El Brasil independiente promulga su primera constitución el 25 de marzo de 1824, y logra el reconocimiento de Portugal un año después. En los inicios de su historial “independentista” porta la mancha de su agresión contra la Banda Oriental y el crimen de los muertos causados a los patriotas uruguayos artiguistas desde 1816 y especialmente en la batalla de Tacuarembó (22 de enero de 1820), como por los daños ocasionados con el Tratado del Pilar de febrero de 1820.

En la América Central, en 1823, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, constituirán una confederación cuya unión prevalecerá hasta 1842. Se trataba de territorios que durante los siglos de dominio español habían sido gobernados como una sola jurisdicción desde ciudad de Guatemala. En teoría esta gran extensión territorial hacía parte de la jurisdicción del virreinato de la Nueva España, pero en la práctica desde 1560 su conducción fue entregada a las autoridades establecidas en Guatemala.

Así, al producirse el proceso independentista, en 1823 su conjunto integra las Provincias Unidas del Centro de América, como una confederación que se libra tanto del dominio español como del dominio del efímero imperio establecido por Agustín I. En el mismo año de 1823 en que Agustín Iturbide reclamó jurisdicción sobre Nueva España, se produjo su derrocamiento y es que el Congreso del Centro de América reunido en Guatemala declaró la independencia de las Provincias Unidas del Centro de América tanto del imperio español como de México y elaboró su constitución federal en el año siguiente. En poco tiempo, de la inestabilidad política se pasó a la guerra civil y a la disolución de la federación. Francisco Morazán, en un último intento por recomponer la unión, desde su exilio avanzó con sus leales a través de Panamá hacia Costa Rica, pero fue derrotado en la frontera con Nicaragua; luego de traicionado y capturado por sus propias tropas fue ejecutado en septiembre 15 de 1842, episodio trágico que selló el fin del proyecto de unidad centroamericana.

Pero está claro que es la Campaña del Sur conducida por Bolívar la que pone fin a la presencia colonialista española en América. Aunque el Libertador había resuelto provisionalmente sus desavenencias con los contradictores que pululaban dentro del cauce mismo de las huestes independentistas, sobre todo con varios de los caudillos militares venezolanos que poco o nada aportaban a la causa de la unidad continental, y con los rúbulas y politiqueros de la Nueva Granada, sabía que tendría que esforzarse al máximo para luchar no sólo contra las tropas realistas sino contra las intrigas de personajes despreciables por su mezquindad del tipo de Francisco de Paula Santander Omaña y José Antonio Páez. No obstante, tenía certeza de poder llevar a buen término la Campaña del Sur, y por ello condicionó a su realización la admisión de la presidencia. Después de reiterar su llamado a la unidad de los americanos contra el imperio español y de insistir en que la causa de la independencia no podría ser posible si no se conseguía la completa emancipación de América, se juramentó como presidente en Cúcuta el 3 de octubre de 1821 y procedió a realizar los preparativos del plan.

Luego de la firma entre Bolívar y Pablo Morillo del armisticio y del Tratado de Regularización de la Guerra, el Libertador destaca al mariscal Sucre en apoyo a los patriotas del puerto de Guayaquil. Una vez asumida la defensa y la conducción de la guerra, Antonio José de Sucre como jefe de las Fuerzas Auxiliares de Colombia, repele a los realistas que desde Quito y Cuenca intentan retomar el puerto. Sucre los derrota definitivamente en Yahuachi (19 de mayo de 1821). Al año siguiente, en Pichincha (24 de mayo de 1822), al mando de las tropas independentistas vence al jefe realista José Aymerich consolidando el control sobre el territorio que constituía la República de Colombia. Dichas acciones allanan la entrada a Quito y generan las condiciones para la liberación del Perú. De tal manera que luego de algunas otras escaramuzas y vicisitudes, a finales de 1824 se llegará en la pampa de Quinua al momento cumbre de la confrontación bélica entre las tropas realistas y el Ejército Libertador: La Batalla de Ayacucho, 9 de diciembre de 1824, en que bajo las orientaciones del Libertador venció el mariscal Antonio José de Sucre a las invictas tropas realistas del virrey José de la Serna, sella prácticamente la libertad de casi la totalidad del territorio sudamericano. Éste sería quizás el último entre los más grandes combates por el aplastamiento del colonialismo español.

Un poco después del medio siglo XIX se producirán magníficas gestas independentistas insulares que pondrán punto final al señorío peninsular sobre lo que antes y por efecto de la cruel conquista sería la mal llamada América española.

República Dominicana logra su independencia en febrero de 1865 y en diciembre de 1898, luego de la Guerra Hispano-estadounidense, mediante el Tratado de París como su derivación, España pierde el dominio sobre Cuba y Puerto Rico. Pero una nueva era de colonización y rapiña comenzarán a sufrir estos territorios antillanos por cuenta de los Estados Unidos de América. Tras fracasar en el intento de comprar la mayor de las Antillas (Cuba), Estados Unidos desató la intervención tomando como excusa el estallido del acorazado Maine. Así, el desenvolvimiento de las tretas yanquis condujo a que el Tratado de París de diciembre 1898 colocara bajo el dominio gringo a Puerto Rico, a Filipinas, a Guam (islas Marianas) y en gran medida a la misma Cuba.

En el contexto de la Patria Grande, al lado de lo que hoy es la República Dominicana, la historia de nuestra emancipación deberá tener en primer plano el nombre de Haití, parte occidental de Quisqueya (la llamada isla de la Española o Santo Domingo), cuyos actos más notorios de emancipación, entre muchos que vinculan el espíritu libérrimo de la población africana esclavizada en el Caribe, se pueden vincular al nombre de Toussaint Louverture, quien en 1794 habiendo sido hijo de esclavos y después de su formación autodidacta, lideró las tropas francesas que expulsaron a los británicos que invadieron la isla en 1798.

François-Dominique Toussaint pudo abrirse paso en medio de la segregación hasta convertirse en militar y posteriormente en líder indiscutible del movimiento de independencia. Durante la sublevación negra de 1791 contra los plantadores esclavistas de Santo Domingo, “El Precursor”, como luego se le llamó, fungió como médico.

Luego, mediante una serie de campañas rápidas en 1793, obligó a Francia a abolir la esclavitud en la parte de la isla bajo su control hacia 1794. Es el mismo período en que se produce la invasión anglo-española, respecto a la cual Louverture (“Apertura”) apoyó a las autoridades de Francia logrando en 1795 el título de general.

Pero su determinación de lucha no llegó hasta allí, pues luego de proclamarse gobernador vitalicio de Santo Domingo, en 1801 declaró la independencia respecto a Francia y se resistió a toda iniciativa del imperio por restablecer la esclavitud, lo cual suscitó la reacción del emperador Napoleón I Bonaparte. Éste en 1802 envió tropas al mando del general Charles Víctor Emmanuel Leclerc con el fin de restablecer dominio en la isla. Louverture fue derrotado y acusado de conspiración e inmediatamente trasladado a prisión en Francia,

donde murió en 1803.

Jean Jacques Dessalines, quien habiendo nacido en Guinea había sido llevado como esclavo a Santo Domingo, también participó de la rebelión de los esclavos de 1791, sirviendo como teniente a las órdenes de Louverture desde 1797. Tras la derrota de 1802 Dessalines se rindió al general Charles Víctor Emmanuel Leclerc, pero al conocerse la intención de Napoleón de restaurar la esclavitud Dessalines y otros dirigentes negros se alzaron y con la ayuda de Gran Bretaña expulsaron a los franceses de Santo Domingo; Dessalines, entonces en enero de 1804 declaró la isla independiente nombrándola como república de Haití.

Las contradicciones internas del proceso haitiano pusieron a Henri Christophe y Alexandre Petion en oposición a Dessalines, quien ya se había autoproclamado como emperador. Finalmente fue derrocado por sus contradictores y muerto en una emboscada cerca a Puerto Príncipe en 1806.

En 1807 Christophe se proclamó presidente del norte de Haití, generándose una guerra civil entre sus partidarios y los de Petion, quien por su parte en 1807 instauró una república entre el sur y el oeste de Haití, de la que fue su presidente vitalicio.

Alexandre Petion desplegó un programa social de distribución, entre los campesinos haitianos, de las tierras confiscadas a los plantadores franceses haitianos.

Christophe gobernó en el norte como rey adoptando el nombre de Enrique I, y en 1811 al reclamar soberanía sobre todo Haití desató la guerra civil para derrocar a Petion, la cual se prolongó hasta 1820 que fue el año en el que Christophe, después de un ataque de paroplejia que le dejó parcialmente paralítico, se suicidó en Puerto Príncipe.

Resaltemos que Alexandre Petion se convirtió desde 1810, en apoyo fundamental de los patriotas que luchaban por la emancipación respecto al yugo español. A Simón Bolívar lo socorrió y brindó apoyo logístico en dos oportunidades, facilitándole combatientes, armas, municiones y recursos de todo tipo. La expedición de los Cayos de 1817, apoyada decididamente por Petion, por ejemplo, fue base sustancial para la incursión de Bolívar a Venezuela y el subsiguiente desenvolvimiento de las campañas libertadoras. Pero el espíritu internacionalista y revolucionario de la patria Haitiana se hizo solidario con muchos otros personajes independentistas, siendo apoyo por ejemplo, también para los patriotas mexicanos conducidos por Francisco Xavier Mina, quien en

octubre de 1816 también preparó desde Haití su expedición a México.

Después que Christophe murió en 1820, Jean Pierre Boyer consolidó el poder en toda la isla. Este político y militar haitiano fue presidente de Haití entre 1818 y 1843. Primeramente había luchado contra la invasión británica de La Española y luego se alistó en el ejército francés que en 1802 fue enviado por el imperio para sofocar la rebelión dirigida por Toussaint Louverture, pero pronto se puso del lado de los rebeldes negros y mulatos que luchaban por expulsar a los franceses de Haití. Boyer participó al lado de Christophe y Petion en el derrocamiento de Dessalines, y tras la muerte de Petion en 1818 se convirtió en presidente de la parte sur de Haití, lo cual le fue útil para hacer posible la unificación del norte y el sur luego de la muerte de Christophe. Boyer se convierte entonces en presidente de la República de Haití.

En 1795, España, tras un acentuado decaimiento económico, mediante el Tratado de Basilea, que puso fin a la guerra de los Pirineos o guerra de la Convención, había entregado a Francia la parte española de la isla, buscando la normalización de las relaciones comerciales. A “Santo Domingo”, entonces, teóricamente dominada ahora por Francia, se extendieron las intensas convulsiones sociales que venían desenvolviéndose en la parte occidental de la isla y que enfrentaba a ingleses, españoles, franceses y población negra independentista fundamentalmente.

Cuando Louverture tomó el control de toda la isla y en los tiempos en que se declaró la independencia de Haití, la parte española se mantuvo en manos de las tropas francesas hasta 1809, que fue el año en que el criollo-dominicano Juan Sánchez Ramírez acabó con el dominio napoleónico y restableció la soberanía española mediante el movimiento de La Reconquista, que da inicio a una administración peninsular tiránica que acrecentó el descontento de los dominicanos hasta desembocar en un levantamiento armado liderado en 1821 por José Núñez de Cáceres, quien proclamó el Estado libre del Haití español.

En 1822, Jean Pierre Boyer ocupó militarmente el país recién creado, anexionándolo a Haití y gobernándolo hasta 1843 cuando por un levantamiento general dirigido por Juan Pablo Duarte fue derrocado.

Juan Pablo Duarte es reconocido como un insigne patriota dominicano, fundador de la sociedad secreta de ideas independentistas La Trinitaria. En 1843, se puso al frente de la insurgencia liberal progresista levantándose contra la dominación haitiana. Fracasada la rebelión se exilió en Venezuela de donde regresó en 1844 llamado por los dirigentes Bobadilla y Santana, para que se

integrara nuevamente a la lucha de independencia respecto a Haití.

En 1844, los revolucionarios conducidos por Ramón Mella habiéndose hecho a la parte oriental de la isla, declararon formalmente su independencia respecto de Haití, y proclamaron la República Dominicana, en febrero de 1844; Duarte, que estaba exiliado, entró triunfante en el país y recibió el título de ‘padre de la patria’.

El caso de Haití nos muestra de manera muy peculiar y clara que las ideas francesas y norteamericanas que confrontaban la monarquía absoluta y erigían conceptos de pretensión universalista como *liberté*, *egalité* y *fraternité* (‘libertad’, ‘igualdad’, y ‘fraternidad’), no implicaban a todos los “discípulos”, de una u otra república liberal sino a los propietarios. No podía pensarse, por ejemplo en que estos excelsos “liberales”, “libertarios”, estuviesen pensando para nada en que la *liberté*, la *egalité* y la *fraternité* cobijarían a los más pobres, a las negritudes esclavas o a las pobrerías mestizas e indígenas oprimidas de las Américas. Pronto los miserables habitantes de las colonias y de la propia Francia y Estados Unidos se percatarían que las declaraciones de la Revolución Francesa eran más retóricas que principios universales.

Haití era para los tiempos de la rimbombancia declarativa liberal quizás la colonia que mayores dividendos daba a la “ilustrada” Francia. Y fue allí -con los resonantes ecos del juramento de Bois Caimán (agosto de 1791) germinando de la garganta libérrima de Boukman que expresó, después de la ceremonia del vudú y el ritual del jabalí: “destruyamos la imagen del Dios de los blancos que tiene sed de nuestras lágrimas; escuchemos en nosotros mismos el llamado de la libertad”-, donde ya en 1804, aconteció la más contundente rebelión de esclavos del mundo, que pretendía acabar hasta siempre con las instituciones derivadas del dominio racial que les relegaba a la más abominable forma de servidumbre.

Concretada la independencia política respecto a Francia y creado un Estado independiente con el nombre de Haití, de inmediato los “portentos” falsarios de un “liberalismo” absurdo que mientras promulgaba la igualdad, la fraternidad y la libertad, permitían la esclavitud racial, rechazaron e hicieron todo lo posible por impedir que Estado alguno reconociera y entablara relaciones con Haití. Encabezaban este absurdo de moral enrevesada Estados Unidos y la misma Francia que nunca cesó en su idea de restaurar la abominable manera de explotación esclavista en la isla. Así las cosas, mientras posaban de ser los iluminadores del nuevo orden social liberal, nuestros “ilustrados liberales”

rechazaban las aspiraciones de una República que rompía las cadenas de la esclavitud y la sumisión.

Nunca Inglaterra y España gustaron de la existencia de una isla de negros donde se hablaba de libertad. Desde la misma Francia, cuando en 1801 Toussaint Louverture estuvo a punto de declarar a Santo Domingo políticamente independiente del dominio francés, Napoleón Bonaparte, decidió el aplastamiento militar de Toussaint y restableció la autoridad francesa en la isla, para luego en julio de 1802 reimplantar la esclavitud, dejando en evidencia que sus proclamas universalistas no eran tales y que en el fondo de sus intereses, adoraban la esclavitud de los demás. A Haití jamás le perdonarían su lucha independentista, el haber roto las cadenas de la esclavitud, el haberse convertido en ejemplo y soporte material de la emancipación. Por ello, política y económicamente le aislaron durante un lapso de su historia suficiente para destruir sus bases de sobrevivencia. Francia no renunció a sus intereses sobre Haití hasta 1825 (y esto, sólo formalmente), y Estados Unidos no reconoció a la Haití proclamada independiente en 1804 sino hasta que en su propio territorio se abolió la esclavitud en 1863 (esto también formalmente).

Se calcula en al menos 70.000 soldados europeos los muertos en el intento de mantener la esclavitud en la isla de Santo Domingo.

Volviendo a Cuba, es hacia la primera década de 1830 que la intensificación de la represión, en cabeza del déspota capitán Miguel Tacón, que se causa uno de los movimientos más fuertes y generalizados por lograr la emancipación. Entre 1834 y 1838 los levantamientos y conspiraciones se acentuaron. Luego en 1844 los levantamientos de esclavos sufrieron aplastantes y sanguinarias represiones.

Hasta un intento de favorecer la anexión de la isla por parte de los Estados Unidos lideró entre 1848 y 1851 el general Narciso López, quien finalmente fue capturado y ejecutado.

Después de los intentos de Estados Unidos por comprar la isla a España, hacia 1868 Carlos Manuel de Céspedes elevó el grito de Yara, mediante el que el levantamiento revolucionario insular proclamaba la independencia de Cuba, al mismo tiempo que se producían otros movimientos de emancipación en las Antillas, tal como ocurrió con el grito de Lares en Puerto Rico (23 de septiembre de 1868).

El grito de Yara marca el inicio de un movimiento de emancipación que se

extiende rápidamente y que, por la negativa de España a ceder en las justas exigencias de los alzados, desemboca en la guerra de los Diez Años (o Guerra Grande), generándose el desangre tanto de los independentistas como de los colonialistas españoles, hasta el 10 de febrero de 1878, en que se firma la llamada paz de Zanjón en Camagüey, dando culminación parcial a este conflicto (1868-1878). Pero el convenio que definió la entrega de las armas de los alzados a cambio de conceder a Cuba derechos políticos y administrativos similares a los que tenía Puerto Rico, entre otras dádivas como amnistías para presos por motivos políticos, la salida de la isla para los líderes rebeldes y la emancipación de los esclavos que participaron en el alzamiento armado, no fue bien visto ni aceptado por algunos revolucionarios que como Antonio Maceo, querían la definitiva independencia. Maceo, entonces, se mantuvo en rebeldía durante la que se llamo Guerra Chiquita en 1879, dirigida por el hermano de Antonio Maceo (José Maceo) y otros dirigentes independentistas de la guerra de los Diez Años, cuyo levantamiento pronto fue sofocado por el general Camilo García Polavieja.

En 1871, no obstante, al menos en teoría se suspendió la importación de mano de obra barata (en verdad mano de obra esclava) de China, y en 1886 –aún bajo el dominio español- se proscribió la esclavitud, sin que ello implicara la culminación de la ostensible y perniciosa segregación racial.

Sería el 23 de febrero de 1895 que se proclamaría la independencia de Cuba, mediante el grito de Baire, localidad de la provincia de Oriente desde donde por indicación del Apóstol revolucionario José Julián Martí, los hermanos Saturnino, Mariano y Alfredo Lora darían la voz para iniciar la insurrección y la fase final de la guerra de independencia que se prolongaría hasta 1898.

El 25 de febrero, Martí y Máximo Gómez publicaron en Santo Domingo el llamado Manifiesto de Montecristi, en el cual exponían los motivos y propósitos de la revolución contra el gobierno colonialista español.

En el manifiesto de Montecristi se sintetizaban las objeciones al sistema colonial, el patriotismo y el sentimiento antiimperialista de los alzados, haciendo además una defensa clara del mestizaje cultural. Consecuentes con su planteamiento de luchar hasta las últimas consecuencias, José Martí y el dominicano Máximo Gómez se entregaron plenamente a la lucha armada como conductores de las fuerzas independentistas.

Martí cayó en combate contra las tropas españolas el 19 de mayo de 1895 en Boca de Dos Ríos, dejando un ejemplo imperecedero en el campo ideológico,

ético, moral y como revolucionario en general, y su influjo político de reconocimiento universal ha sido realzado en la misma Constitución cubana de 1976 que en su preámbulo expresa: “Yo quiero que la ley primera de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.

Máximo Gómez, permaneció como jefe militar de las fuerzas revolucionarias hasta la culminación de la guerra y la derrota de los españoles en 1898. Murió en 1905 en La Habana.



6. IMPERIALISMO Y NECESIDAD DE LA DEFINITIVA INDEPENDENCIA.

“Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”. (BOLÍVAR, Simón. Carta a Patricio Campbell. Guayaquil, 5 de agosto de 1829).

Volviendo al caso de la Guerra Hispano-estadounidense, habría que agregar que no se trató de un emprendimiento liberador, sino la treta para hacerse a los territorios que con sus propios esfuerzos y sacrificios, venían lidiando pueblos insulares como el de Cuba contra España. Luego de fracasar en el intento de comprar la mayor de las Antillas, Estados Unidos con razones imperialistas desató la intervención tomando como excusa el estallido del acorazado Maine. Todo aquello desembocó en la implantación absoluta del colonialismo yaqui en el Caribe, de tal suerte que el Tratado de París de diciembre 1898 puso bajo dominio de Estados Unidos también a Puerto Rico, a Filipinas, a Guam (islas Marianas) y en gran medida a la misma Cuba.

Desde 1901 Roosevelt fue dos veces presidente de la potencia yanqui, ejerciendo una política exterior fiel a la intervencionista Doctrina Monroe, la cual aderezó con su propia sazón, la Big Stick (política del ‘Gran Garrote’); con su mano peluda se le cercenó Panamá a Colombia en 1903 y se enclavó la fuerza militar yanqui en el canal; el llamado ‘Corolario Roosevelt’ proclamado en 1904 por este sujeto pretendió establecer un “poder policial” sobre Latinoamérica, que desembocó en la intervención de 1905 sobre República Dominicana y la de Cuba en 1906.

Está claro que desde fines del siglo XIX, potencias capitalistas occidentales ya se están disputando con mayor determinación que nunca la repartición del planeta y los mercados para sus mercancías y capitales. La competencia entre Estados Unidos, Inglaterra, Italia y Francia, es por tomar la delantera en el expolio mundial, al tiempo en que Italia y Alemania adelantaban pasos, cada uno por su parte, hacia la unificación como Estados nacionales.

El capitalismo, sin cesar en la depredación sobre América y otras latitudes del orbe, desde su escenario de la competencia empresarial entre firmas de

diversa nacionalidad da surgimiento a los grandes monopolios y a una suerte de libre competencia metropolitana y moderno colonialismo que darán paso al imperialismo, el cual según la concepción de Lenin termina con la vieja división y competencia entre capital industrial y capital bancario, al producirse la fusión de los mismos en función indiscriminada de la producción industrial y del mundo de las finanzas. Se trata de la supremacía del llamado capital financiero que ya no tiene como prioridad la expansión territorial de las grandes potencias (en el sentido estricto de la invasión y la conquista de naciones “débiles”, o menos poderosas). Ahora, la clave estará principalmente en la exportación de capitales garantizando a las potencias fructíferas rentas a costa del sacrificio social de los países intervenidos.

No está demás decir en estos apuntes que son meramente referenciales que “la profecía” del Libertador se cumple en sus análisis sobre el nefasto papel que jugarían los Estados Unidos respecto a la América Meridional. Cada palabra es como una premonición que advierte a nuestras conciencias: “Los Estados Unidos son los peores y son los más fuertes al mismo tiempo” (BOLÍVAR, Simón. Carta a Estanislao Vergara. Guayaquil, 20 de septiembre de 1829); “... tengo mi elocuencia aparte, y no quiero sujetarme a políticos, ni a reyes ni a presidentes. Por esta misma culpa, nunca me he atrevido a decir a usted lo que pensaba de sus mensajes, que yo conozco muy bien que son perfectos, pero que no me gustan porque se parecen a los del presidente de los regatones (norte) americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacia nada como ellos” (BOLÍVAR, Simón. Carta a Santander. Potosí, 21 de octubre de 1825); “Cuando yo tiendo mi vista sobre la América la encuentro rodeada de la fuerza marítima de Europa, quiero decir, circuida de fortalezas fluctuantes de extranjeros y por consecuencia de enemigos. Después halló que está a la cabeza de su gran continente una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo” (BOLÍVAR, Simón. Carta a Santander. Ibarra, 23 de diciembre de 1822).

Y en verdad han sido capaces de todas las infamias imaginables, incluyendo el magnicidio del Libertador, el cual hasta donde las últimas investigaciones históricas están indicando que su muerte fue el producto de una conspiración tramada por el Presidente Andrew Jackson (período 1829-1837) y ejecutada con la participación del navío de guerra *Grampus*, cuya tripulación secuestró al Libertador en alta mar y luego lo entregó a los traidores que, acabaron con su vida cerca a Santa Marta (norte de Colombia).

Así ha sido la conducta yanqui con la Colombia de Bolívar; desde temprano

actuado contra el proyecto mirandino de unidad continental; así, para ponernos en tiempos más recientes, ha ido por ejemplo, el intervencionismo propio de la década de los treinta y luego en la mitad de los cuarenta: de su mano, el viejo neoliberalismo estatal prosigue su injerencia a favor de la renta, la ganancia y el interés empresariales, haciéndose cada vez menos eficiente en la prestación de los servicios públicos y en la solución de los problemas sociales, pero cada vez más eficaz en el campo de la presión y la criminalización de los trabajadores y de la inconformidad popular.

En pos de garantizar la seguridad financiera, asume el militarismo y la sobreexplotación de los trabajadores como su razón de ser, acreciendo el poder del medio millar de trasnacionales que controlan los mercados a nivel mundial. Para ello cuentan con el beneplácito servil de las oligarquías criollas, en detrimento de los intereses de las mayorías empobrecidas condenadas a padecer de miseria y hambre.

Washington, dentro de tal dinámica, ha incrementado su despliegue militarista en la América Latino-caribeña, desde los tiempos en que se firmó el tratado Cárter-Torrijos (1977), mediante el cual se estipulaba que el canal de Panamá pasaría a control panameño en diciembre de 1999. Como consecuencia, al llegar el año 2000 la Base Howard, centro de operaciones del Comando Sur sale de Panamá y, entonces, el gobierno yanqui decide establecer un nuevo esquema de control continental mediante las llamadas Bases militares que enclava en diversos puntos del continente, tal como recientemente lo ha hecho en Colombia.

Estados Unidos ha diseminado su poder colonial estableciendo una intrincada red de Bases Militares que literalmente hablando, tienen atrapado al planeta. Se trata de un enorme y fortísimo *Imperio de Bases* que se enclavan como si se tratara de colonias. En este despliegue re-colonizador, imperialismo y militarismo van de la mano.

La lucha de clases, o al menos los factores que la engendran se profundizan, y la necesidad de la lucha por la definitiva independencia y la construcción de un mundo justo y digno, sólo posible en el socialismo, se hace cada día más imperativa, y coloca a los revolucionarios en esa senda, como deber inaplazable que requerirá de la unidad que posibilite enfrentar el terrible poder de la “globalización” capitalista que amenaza con la destrucción de la vida sobre la Tierra.

El camino está trazado, la senda la han marcado con decoro nuestros verdaderos múltiples próceres de la lucha emancipatoria entre los que se cuentan hoy todos los buenos hijos del pueblo que han entregado su vida por un mundo mejor, sin explotadores ni explotados. ¡También Manuel Marulanda está con nosotros! Él enciende su hoguera de calor patrio en los hombres y mujeres de las FARC-EP, que creen inquebrantablemente en el sueño del Bolívar eterno que ahora nos inspira más que nunca con su ideario de justicia y dignidad. Su espada de combate ha sido puesta en nuestras manos y su espíritu de fuego ilumina ya la oscura noche de la opresión oligárquica e imperial animando nuestra indómita y mestiza hechura cósmica desbordada de esperanza.

Cuando se abre el camino debe haber convicción y las razones del convencimiento para convocar a quienes deban seguirnos. No todo el que emprende la ruta alcanza el destino que nos hemos trazado... Y el destino, el destino no es sólo un juego de azares sino que puede ser también la realización de nuestros anhelos. El túnel de la historia no es un lugar de estancia efímera sino el sendero por donde se otea el porvenir buscando en lo más profundo de nuestros sueños...

¡Seguimos en batalla y vamos a triunfar!

¡Hemos jurado vencer y venceremos!

Montañas de Colombia, abril 29 de 2010.

Año bicentenario del grito de Independencia.

